

Tintero

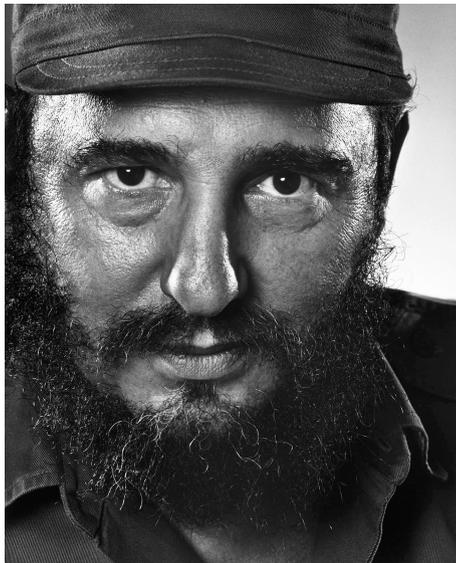
# La Historia: ¿absolución o condena?

Álvaro Matute

El reciente deceso de Fidel Castro puso en movimiento a una infinidad de plumas. Menudearon declaraciones muy doctas, analíticas, hasta mensajes de Twitter aberrantes. Todo mundo manifestó su derecho a opinar y en algunos casos se hicieron aportaciones dignas de ser tomadas en cuenta. Algunos opinantes buscaron un justo medio adecuado y muchas veces dieron con él. Sin embargo, lo que privó fue lo extremo. Y si eso ocurrió apenas dada la noticia del fallecimiento del líder cubano, es de esperar un gran número de reflexiones mayores que serán vertidas en libros de Historia y ensayo. (Un primer —y no sé si único paréntesis— me obliga a indicar que utilizo la mayúscula para denotar que me refiero a la disciplina histórica o historia escrita y no al puro acontecer). Las otras dos palabras que encabezan este escrito provienen del propio Fidel Castro con el título de su folleto *La Historia me absolverá*, lo que le fue negado por otro personaje de enorme respeto, Mario Vargas Llosa, desde su trinchera móvil, en este caso, la FIL de Guadalajara. El comandante Castro se da a sí mismo la absolución, mientras que el autor de *Conversación en La Catedral* lo condena. Como a los dos les guardo mucho respeto, a este tenor, me permito decirles, desde mi humilde condición, que están equivocados. La misión de la Historia no es absolver ni condenar, es comprender y explicar.

Ciertamente, los medios de comunicación masiva buscan precisamente las expresiones más maniqueas posibles y lo logran. Por ejemplo, Trump y Obama se manifestaron como lo que cada uno es y aquí entra en vigor mi propio maniqueísmo para calificarlos subrepticamente.

El problema radica en que la misión de la Historia que se escribe y se piensa no es



Fidel Castro

un tribunal que dicte sentencia frente a lo alegado por un fiscal y un defensor, ya que cada uno manifiesta sus intereses para apelar a la culpabilidad o la inocencia de su acusado o defendido. El historiador debe ir más allá de todo eso y, en todo caso, si atiende a lo expresado hace mucho tiempo por el británico Frederic Maitland: “Lo importante no es lo que pasó, sino lo que se dijo o pensó acerca de lo que pasó”, considerar las dos opiniones extremas, ya que ambas fueron pensadas y escritas y tienen tal fuerza que no es posible sustraerse a ellas. La absolución y la condena se deben a cosas que efectivamente sucedieron y que forman parte de la fenomenología de Castro y la Revolución cubana. Y aquí traigo a colación el aforismo del pensador colombiano Nicolás Gómez Dávila, rescatado por Jesús Silva-Herzog Márquez: “Un destino burocrático espera a los revolucionarios como el mar a los ríos”. Esto es, negar que Castro fue revolucionario es ignorar algo que ostensiblemente sucedió, así como negar que fue un dictador que privó de todo tipo de libertades a Cuba, es lo mismo. Ese es el problema que enfrentan los historiadores que se ocupan

Para E. T.

de una figura como la de Fidel Castro o de personajes semejantes. Algunos, para fortuna, pintan su propio color desde el principio, digamos Mussolini, Hitler, Stalin y Franco. En ellos la condena puede ser unánime, no obstante la cual se les puede explicar con base en un buen entendimiento de las circunstancias que los llevaron adonde quisieron llegar. El caso de Castro es más complejo, como lo es el de muchas otras figuras latinoamericanas o tercermundistas que indudablemente hicieron algo en favor de los suyos y que, al no retirarse a tiempo, incurrieron en dictaduras conculcadoras de todo tipo de derechos básicos. No ignoro por una parte muchas páginas de Guillermo Cabrera Infante, como tampoco los laudes que cantara Alejo Carpentier. Dos grandes escritores en pro y en contra de Fidel. El asunto debe ir más allá y ese más allá es la historia del mundo en la segunda mitad del siglo XX que terminó por llevar a Cuba a un marxismo-leninismo en el que ya se había comenzado a descreer en la propia URSS, que seguramente hizo falta para consolidar un régimen independiente de unos Estados Unidos que apenas se libraban del macartismo. La historia muchas veces es absurda, pero así es y no se puede cambiar porque ya ocurrió. Con el socialismo a la cubana se lograron grandes avances en salud y educación, lo cual no ocurre en los capitalismo subdesarrollados de otras partes de América Latina, a la vez que los cubanos vivieron grandes carencias y que, al igual que en la URSS, nunca dejó de haber privilegiados, por lo cual la igualdad socialista nunca llegó a plenitud.

Figura compleja, sin duda Fidel Castro fue el gran latinoamericano del siglo XX. La Historia lo explicará. **U**